

1997

Las calles de Providence

Rafael Arraiz Lucca

Citas recomendadas

Lucca, Rafael Arraiz (Otoño-Primavera 1997) "Las calles de Providence," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 46, Article 15.

Available at: <http://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss46/15>

LAS CALLES DE PROVIDENCE

Rafael Arráiz Lucca

Me gustó saber que Miranda estuvo en Providence. Si aquellas calles las había trajinado el Generalísimo, los venezolanos ya teníamos las puertas abiertas. Quién sabe gracias a cuál medio de transporte llegó el caraqueño universal hasta esta ciudad discreta, nosotros arribamos en tren y de noche. Minutos antes de detenerse en el andén vimos, a los lejos, un edificio típicamente postmodernista iluminado. Presidía, bellísimo, el conjunto urbano que se veía desde el vagón. No suponía que iba a ser el hotel donde nos quedaríamos; plétórico de guiños romanos, rotondas, mosaicos y dimensiones imperiales la estancia se hizo graciosa, escenográfica, deliciosamente artificial. Me regocija el artificio, el juego, la exageración irónica.

En las antípodas del hotel se alzaban los sobrios y serios edificios de la Universidad de Brown, una de las instituciones pertenecientes a la llamada Ivy League. Es decir, a los mejores centros universitarios de los Estados Unidos, que se cuentan con los dedos de las manos y sobran dedos. Allí regenta el departamento de español un peruano que se fue al norte y se quedó para siempre: Julio Ortega. En los años más recientes este profesor y escritor se ha interesado especialmente por la literatura venezolana, y gracias a su empeño y al apoyo del Conac (en los tiempos de José Antonio Abreu) se creó la Cátedra Andrés Bello. Allí funciona con buen viento esta iniciativa que los venezolanos contemplamos agradecidos. Providence es la sumatoria de unas cuantas calles con algunos pocos sitios para comer e infinidad de estudiantes buscando el hijo perdido del amor. Agotada su trama urbana nos fuimos en el carro de Roger Carmosino (otro profesor de origen hispano) a respirar otros aires. Buscábamos el mar y lo encontramos

cerca, en toda su bravura. Fuimos a un faro a ver pasar las ráfagas de viento para luego refugiarnos en un restaurant a dar cuenta de una paella. Desde los ventanales del sitio se veían deambular a las familias y a los solitarios y a las parejas que comienzan y a las que terminan. De aquel paseo marítimo conservo un recuerdo plácido: no buscábamos nada, no deseábamos nada más que ver el mundo, sin ansiedad ni urgencias. Escapábamos del calor de un mundo terriblemente competitivo para darle espacio a la serenidad, a la mansedumbre. Qué palabra: la mansedumbre. Equivocadamente se le relaciona con una suerte de pasividad bobalicona, pero nada tiene que ver con ese estado del alma. En buena medida se asemeja a la situación que buscan los budistas: la mente en blanco para que el deseo no siembre el caos que le es propio. Tarea, por supuesto, hartamente difícil para los occidentales. Tarea que sólo se cumple de manera episódica, como aquel mediodía a la orilla del frío Atlántico que baña Rhode Island, cuando no bullía otro deseo que esta allí, que estar presente sin que el alma echara a volar en busca de otros derroteros. Ahora pienso que aquellos largos malecones y las anchísimas autopistas que nos llevaron a ellos, y los jardines frondosos que bordeamos, y el viento, prepararon el clima para aquel súbito estado para el que se preparan los budistas a diario, sin prisa, pero sin pausa. La clave, no es difícil comprenderlo, es estar en el sitio, estar presente, dejar que el cuerpo y la mente vayan juntos, sin que el cerebro brinque de un lado a otro como un saltamontes. No recuerdo haber pensado en nada mientras caminaba y veía a un windsurfista batallar con las olas. Conservo su imagen, simplemente.

Parece mentira que este pasaje haya ocurrido a pocos kilómetros de Nueva York, en las tierras de una de las sociedades más competitivas del planeta, donde toda la producción está dispuesta a satisfacer el deseo, el deseo real y el inducido. Pero, en verdad, esto no debe extrañarnos: después de todo los Estados Unidos son el desiderátum de la simultaneidad de las fuerzas contrarias. Un lama tibetano practica sus ejercicios al lado de un corredor de bolsa que deja el estómago en una operación. Todo es posible si hay quien lo pague. Un viejo izquierdista que hallé fascinado con la cueva universitaria norteamericana me decía: 'esto no es un país, es un mercado'. Exageraba, pero no está lejos de retratar fielmente el espíritu liberal del norteamericano: mientras no atente contra mí directamente, puede ocurrir aunque me desagrade. ¿Será por esto que tanta gente anda refunfuñando por la calle? Quién sabe.